

## Bioética y Cine

RICARDO GARCÍA MANRIQUE

### “Las normas de la casa de la sidra”: una crítica de la heteronomía

➤ **Ricardo García Manrique.** Profesor Titular de Filosofía del Derecho y Miembro del Observatorio de Bioética y Derecho de la Univ. de Barcelona.

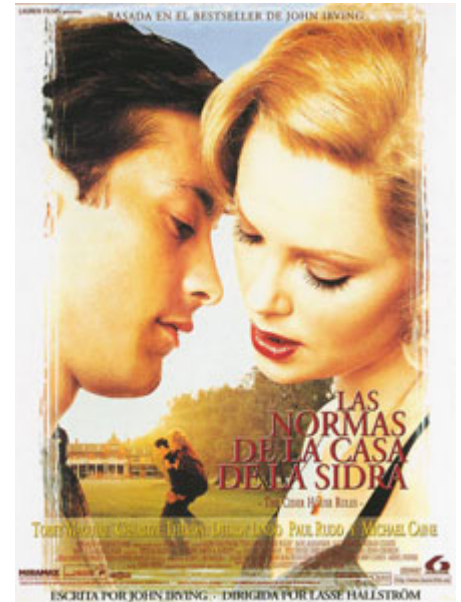
1. La historia de esta película es la historia de Homer Wells: de cómo nació y se crió en el orfanato de Saint Cloud's y cómo fue educado por su director, el Dr. Wilbur Larch, de cómo un buen día quiso marchar a conocer el mundo y cómo otro buen día decidió volver. Así, en su camino de ida y vuelta del orfanato a la casa de la sidra nos será dado ver cómo Homer irá tomando conciencia de que toda vida humana posible requiere tomar decisiones importantes y que no basta con esperar a ver qué pasa. También, de que toda decisión requiere una norma que la oriente y de que, por eso, es necesario preguntarse por quién dicta las normas y por cuál debe ser su contenido.

2. En realidad, de todo eso tenía ejemplos en el orfanato de Saint Cloud's, uno de los escenarios más conmovedores del cine contemporáneo. Una tras otra, varias familias rechazaron a Homer Wells. Porque no lloraba, o porque lloraba demasiado, o simplemente porque era un niño especial. Así tuvo la suerte de que Wilbur Larch empezase a sentir por él un cariño y a prodigarle una atención igualmente especiales. Poco a poco le fue enseñando todo lo que sabía y de forma natural Homer se convirtió en su ayudante. Tan cerca de los quehaceres cotidianos y de las reflexiones de su mentor, tan partícipe de su disposición para con los demás, Homer pudo darse cuenta de que detrás de todo eso estaba la decisión vital que había tomado el Dr. Larch, que le había llevado a recluírse en un orfanato perdido entre los bosques de Maine, la decisión de cuidar niños abandonados y de ayu-

dar a jóvenes embarazadas a no tenerlos cuando no lo deseaban. También, por su modo de conducirse, Homer pudo haber comprobado que el Dr. Larch se guiaba por sus propias normas y que esas normas siempre apuntaban al bienestar de los demás, y en particular al cuidado de los más débiles y desamparados.

3. Wilbur Larch creía que el mejor sitio para Homer en el mundo era Saint Cloud's. Allí podía ser más útil a los demás que en cualquier otro, y para él éste era el criterio fundamental que debía regir las elecciones de una persona. Pero Homer un día se marchó. Aprovechó la visita de una joven pareja (unas venían a buscar un niño, otras a evitar tenerlo; ésta era de las segundas) y les pidió que le llevaran con ellos. Encontró trabajo allí donde ellos vivían y se dedicó a las manzanas y a la sidra. Desde entonces, la casa de la sidra fue su casa, el lugar desde el que exploraría el mundo exterior. Así es como pudo conocer el mar, las langostas, los cines al aire libre y el amor de Candy Kendall. También así es como pudo dar sentido a todo lo que Wilbur Larch le había enseñado, cuando lo vio contrastado con los problemas cotidianos de la gente.

4. En la casa de la sidra se alojaban los recolectores de manzanas, allí las prensaban y elaboraban la sidra. En la pared, escritas en un papel viejo, colgaban las normas que debían respetar los ocupantes de la casa. Nadie pareció darse cuenta de que los temporeros negros del sur eran analfabetos; por eso, ni siquiera supieron que se trataba de normas hasta que al cabo de los años llegó



Homer y se las leyó. Para los temporeros, aquello fue una decepción: las normas les parecieron ridículas, por prohibir ya lo que a nadie se le hubiera ocurrido hacer (como dormir en el tejado), ya lo que todos consideraban de lo más natural hacer (como fumar en la cama)\*. Los temporeros se ofendieron por ser los destinatarios de unas normas tan absurdas. Fue curiosa su reacción: prestaron todo el interés a la lectura de Homer y no había en ellos falta de respeto ni escepticismo, todo lo contrario; fue cuando conocieron el contenido de las normas cuando se sintieron ofendidos, y fue entonces cuando tomaron conciencia de que no tenía sentido que las normas hubieran sido dictadas por quien no vivía en la casa. Así lo hizo notar el jefe del grupo, el señor Rose, antes de pedir a Homer que rompiera en pedazos el papel. Para los temporeros, y quizá también para Homer, el descubrimiento del valor de la autonomía llegó de la mano de la constatación de que las normas ajenas no son las más adecua-

\* Dicho sea de paso, la cosa es algo diferente en la novela de John Irving en la que se basa la película (el asunto se desarrolla en el capítulo 7). Las normas no son tan absurdas como resultan en la película y los temporeros las conocen más o menos. En todo caso, el cambio hay que atribuirlo al propio Irving, autor del guión adaptado (por el que recibió un Óscar; otro recibió Michael Caine por su interpretación del Dr. Larch).

das para regir nuestra vida.

5. A Homer le pasó algo parecido con el aborto. Nunca había estado de acuerdo en esto con el Dr. Larch. Por eso, prefería asistirle sólo en los partos. Pensaba que cualquier tipo de vida es mejor que ninguna vida, quizá porque pensaba en sí mismo, en que, como niño expósito, la alternativa para él y para los demás como él hubiera sido la inexistencia. Lo que le hizo cambiar de opinión fue el absoluto desvalimiento de la joven Rose Rose, a la que su padre, el señor Rose, había dejado embarazada. Rose no sabía qué hacer ni a dónde acudir, no podía contar en público lo que le había pasado y la perspectiva de tener el niño, un hijo de su propio padre, se le hacía insoportable. Así lo entendió también Homer, que le ofreció su ayuda. Él sabía todo lo que había que saber y disponía también del maletín con todo el instrumental que el Dr. Larch le había enviado con la esperanza de que algún día se decidiría a volver a Saint Cloud's y a trabajar a su lado. Quizá Homer se dio cuenta de que la norma que establece cuándo un aborto es admisible o no lo es debe tener en cuenta ante todo el interés de la principal interesada y se dio cuenta también de que esa norma la tenía que establecer él mismo, porque él era el que estaba en disposición de ayudar a Rose y el que tenía que tomar la decisión al respecto. El aborto lo realizó sin mayores complicaciones y con él se volvió abrir el camino de vuelta a Saint Cloud's, un camino que hasta ese momento parecía estar cerrado para siempre.

6. Al poco tiempo, otro episodio vino a contribuir a la educación moral de Homer. Wally Worthington, el novio soldado de Candy Kendall, sufrió un accidente de aviación en Birmania. Volvería a casa al cabo de un mes, inválido de cintura para abajo. Entre-

tanto, Homer y Candy, amantes, se preguntaban qué debían hacer, qué debía hacer cada uno de ellos. Hubieran deseado no tomar decisión alguna, esperar a ver qué pasa. Pero esa espera les estaba vedada. Candy al fin decidió esperar a Wally para cuidar de él. Homer, a su vez, decidió volver a Saint Cloud's a cuidar de sus huérfanos. Había visto y aprendido lo suficiente para saber que ese era su lugar en el mundo, donde más útil podía ser a los demás. Al final el Dr. Larch llevaba razón.

7. De Saint Cloud's marchó un Homer adolescente y a Saint Cloud's vuelve un Homer adulto. Por eso su viaje no ha sido en vano: le ha permitido comprender que tomar decisiones es necesario, que esas decisiones deben orientarse con nuestras propias normas y que esas normas deben tener en cuenta ante todo el bienestar de los demás. También por eso Wilbur Larch se equivocaba al creer que Homer hacía mal en marcharse. Acostumbrado a tratar con los que no pueden elegir, con los desvalidos, acostumbrado a decidir por ellos y para ellos, quizá no se daba cuenta de que eso no podía valer para su discípulo. Éste tenía que ser libre, tenía que "poder hacer lo que se debe querer" (palabras de Montesquieu para definir la libertad) y, para eso, hay que saber primero qué es lo que se debe querer y, después, estar en condiciones de poder hacerlo (y, por tanto, de poder no hacerlo). Sólo cuando Homer tomó conciencia del significado de la libertad es cuando pudo decidir su camino de manera autónoma. Así que no habría hecho bien en quedarse en Saint Cloud's, como el Dr. Larch deseaba. Mucho mejor hizo en perder el tiempo cogiendo manzanas. Y, al final, el propio Larch habría estado de acuerdo.

8. En *Las normas de la casa de la sidra*, la cuestión bioética fundamental

no es la del aborto, aunque su tratamiento sea, a mi juicio, tan ejemplar como el que recibe en *El secreto de Vera Drake*, una película que ya hubo ocasión de comentar en esta misma sección. La cuestión fundamental es ésta: las normas bioéticas no pueden ser como las normas que le venían impuestas al Dr. Larch por gentes que muy poco sabían de huérfanos y de jóvenes embarazadas; ni como las normas de la casa de la sidra, impuestas a los temporeros por quien no vivía en esa casa. Las normas de la bioética han de ser nuestras propias normas y, por lo tanto, las normas jurídicas que regulan cuestiones bioéticas han de dejar el mayor margen posible para la toma de decisiones autónomas. Ahora, como no siempre estamos en condiciones de poder hacer lo que se debe querer, las normas de la bioética, en la medida en que hayan de tener un origen ajeno al sujeto afectado, han de seguir el ejemplo de las normas con las que el Dr. Larch regía su orfanato, a saber, normas informadas por la correcta percepción del bienestar de sus destinatarios. Una percepción que quizá sólo puede ser correcta cuando el bienestar de esos destinatarios se funde con el de quien se dispone a cuidar de ellos, es decir, cuando el interés ajeno se funde con el propio. Una fusión que sólo es posible en el marco de formas comunitarias de vida, como el orfanato de Saint Cloud's, en el que nunca se oye hablar de derechos y sí de lo que es mejor para cada uno y, por tanto, para todos. Alguno dirá que todo esto no es en absoluto específico de la bioética, y dirá bien. Porque, en última instancia, la bioética no tiene nada de particular. Tomar conciencia de ello en sus justos términos y sacar las conclusiones oportunas es, no obstante, una de las tareas que la bioética tiene pendientes, quizá su tarea principal.